

## ***Profesionalismo y perspectiva popular***

Ana Boggio

Una tendencia en cuanto a la toma de conciencia en la orientación de nuestras profesiones, dentro de las ciencias sociales, es la búsqueda de seriedad científica y de un contexto ideológico que la sustente. Existe cada vez, una mayor crítica sistemática alrededor de los conceptos e interpretaciones respecto de la sociedad y al papel político en la misma en función de un proceso de transformación social. Sin embargo, muchas veces no se contrasta este avance científico e ideológico con la evaluación de la capacidad operativa de nuestras profesiones dentro de una perspectiva popular. Se analiza más la consistencia de la profesión, teniendo como referente esta necesidad de transformación social, pero no evaluando y verificando objetivamente la eficacia de la profesión en este proceso.

Esta problemática entra en la discusión de la relación entre lo teórico y lo práctico, lo abstracto y lo concreto, el conocimiento y la experiencia, la filosofía y el sentido común, los intelectuales y la masa. Esto a su vez nos lleva a analizar la relación entre práctica profesional, los profesionales y el sector popular en que se inserta esta práctica.

La práctica profesional que realizamos está ubicada, en la mayoría de los casos de los científicos sociales y otros profesionales del sector social, dentro del terreno de lo ideológico; las esferas de la creación, procesamiento, comunicación y difusión de ideas. No es el terreno productivo que ejercemos la profesión sino en el político-ideológico. Son los profesionales, entendidos más como intelectuales que como técnicos, los encargados de administrar las tendencias de la estructura. Estructura entendida en términos de las clases sociales en la que el profesional construye, organiza y administra el mundo ideológico que las define. Son los que tradicionalmente se les llamaría "trabajadores culturales" en sus dimensiones científica, profesional y técnica.

Pero este **profesional**, este intelectual, que tiene tan importante papel en las esferas político-ideológicas; no es un simple administrador o especialista de lo ideológico, él mismo proviene de una de las clases y él mismo define su acción inclinándose hacia uno u otro lado en la polarización de clases. Es así que la práctica profesional está marcada por el condicionamiento de clase de aquellos que la practican. Doble condicionamiento que lo da el origen de clase profesional y su compromiso con una de las dos clases fundamentales.

Por el primer condicionamiento, la adscripción de clase, el profesional pertenece, en la mayoría de los casos, a la clase burguesa o pequeño burguesa. Como tal se supondría que es orgánico o se articula con la clase de la cual proviene. Esto supondría que la mayoría de los intelectuales y profesionales apoyarían a la clase burguesa. Esto a su vez por que la accesibilidad a las universidades, como centros de formación de los profesionales, son casi exclusivamente para personas provenientes de la burguesía o pequeña burguesía.

Sin embargo la función que cumplen como intelectuales, circunscritos al mundo de lo ideológico, hace de ellos una **categoría social** con autonomía relativa frente a las clases fundamentales. Esto lleva a que la adscripción de clase no se sobredetermine el papel del profesional y que sea su conducta práctica y la dirección en que realiza su tarea la que nos dice de qué lado está su compromiso con una determinada clase.

Por otro lado siendo más fácil para la clase burguesa producir intelectuales-profesionales, ya que es hegemónica en el dominio cultural, ¿Qué posibilidades tienen las clases populares de producir sus propios intelectuales?. Estas clases, al no tener todavía hegemonía en el terreno ideológico-cultural y al no tener todavía suficientemente elaborado su mundo ideológico, tienen que importar gran parte de sus intelectuales de la clase que les es antagónica. Es dentro de este contexto de clases que el profesional puede insertar su práctica en los sectores populares y hacerse orgánico a ellos a través de su función específica en el terreno de lo ideológico.

Históricamente hay una tendencia a que estas categorías profesionales intelectuales se vayan inclinando cada vez más hacia la izquierda. Se da un exaltamiento del compromiso con las clases populares y por otro lado una necesidad de movilizarlas y organizarlas. Esto es en gran parte producto del mismo proceso histórico en que la clase burguesa va perdiendo dinamismo, y por lo tanto cuadros intelectuales, siendo las clases populares las que irrumpen masivamente en la vida nacional; esto provoca un quiebre de la situación anterior que es percibida por los intelectuales-profesionales. Se da sobre todo en los países subdesarrollados, como los latinoamericanos, en que la capacidad del sistema económico social “no da más”, deteriorándose continuamente. Esto provoca una radicalización de los sectores medios profesionales y en particular de los científicos sociales.

Es así como esta práctica de clase, en individuos originados estructuralmente en el seno de la clase burguesa, sólo es posible produciendo efectos distintos y contrarios a aquellos para los cuales fueron adiestrados: utilizando todo el armazón cultural, profesional e ideológico en función de las luchas populares. Sin embargo esta situación supone ciertos límites y condicionamientos (y aún desvíos) que no siempre son controlados concientemente por el profesional que apoya la causa del pueblo.

Por ejemplo, el efecto de desclasamiento, que esta actitud de compromiso con los sectores populares supone, no siempre es completo. Este profesional ya está históricamente condicionado por salir de una clase y proyectarse a otra. Actualmente, este intelectual no es todavía totalmente orgánico ni procede de la clase a la cual representa. El desclasado pertenece de algún modo a su clase originaria y nunca llega a identificarse del todo con la clase que elige a nivel de su comportamiento ideológico-político.

Si embargo esta limitación o condicionamiento no debe evaluarse de manera negativa sino realista. A veces es más un problema de imagen que de eficacia política. Si este intelectual sabe aprovechar las ventajas de su origen, dentro de una clase que todavía es hegemónica, en función de su compromiso popular puede ser útil a esta causa y ese debe ser el criterio. Hay la tendencia a rechazar cualquier reflejo del “mundo burgués” por ver lo contrario a la causa del pueblo. Esto no tiene que ser siempre así, ya que el propio control del mundo ideológico, así como el de la escena política, el monopolio de conocimientos y su propia seguridad de clase pueden tener un efecto contrario a lo burgués mismo.

Incluso la insatisfacción de ciertas necesidades sociales, surgidas del mundo burgués e internalizadas por el profesional-intelectual en su proceso de adiestramiento, pueden generar problemas de eficacia. La necesidad psicológica de una imagen de desclasado a veces actúa más fuerte que la necesidad de equilibrio personal para poder ser eficaz.

Esto no justifica un estilo de vida burgués, pero si ciertos condicionamientos burgueses por su origen pero no comprometen significativamente el actuar para el sector popular. Incluso la propia inserción en el mercado de empleo coloca al profesional en una perspectiva “burguesa” ya que actúa dentro de las instituciones generadas por la propia burguesía.

Aparte de estas limitaciones y condicionamientos del trabajo profesional comprometido, hay también dos desvíos que condicionan de manera muy negativa la práctica profesional y de clase que realiza el intelectual: uno es el individualismo de clase; el otro del ideologismo de las percepciones.

En cuanto al individualismo de clase queremos indicar que de manera inconsciente, pero por una situación de clase, el profesional utiliza el control y monopolio que tiene, en cuanto a conocimiento y dominio de lo ideológico, en su propio beneficio. Esto puede suceder sobre todo en los profesionales provenientes de sectores pequeño-burgueses, quienes están constantemente expuestos a una definición de su situación de clase. Este sector de profesionales, para mantenerse dentro de la llamada “clase media” buscan alcanzar hegemonía, no en el terreno productivo, dentro del cual carecen de poder, sino en el terreno político-ideológico.

Es allí donde a través de una serie de mecanismos pueden articular su poder de clase. El control de información y de conocimientos, tanto dentro de la burocracia como dentro del sistema educativo y político, el acceso y control a determinadas

relaciones sociales estratégicas (nacionales y/o internacionales) constituyen algunos de los mecanismos utilizados para afianzar su posición, que desdice con su práctica el apoyo declarativo e ideológico a una causa popular.

Pero no sólo se tiene este tipo de práctica, poco orgánica al movimiento popular, por una sobredeterminación de clase que genera deformaciones en cuanto a la utilización del poder que realiza el profesional. También se dan desvíos en la práctica profesional por la sobredeterminación ideológica del rol que desempeñan los profesionales como especialistas o administradores del aparato ideológico-político-cultural.

Con esto último, queremos decir que muchos profesionales están tan identificados con su rol dentro del aparato ideológico, que pierden de vista la dinámica de la realidad. Comienzan a plantearse transposiciones de esta realidad con sujetos ideológicos o teorías, buscando más soluciones históricas a los movimientos populares. Tratan más de hacer coincidir la teoría con la práctica, que rescatar los elementos de la realidad particular que viven y generalizarla a la luz de la teoría. Se obedece más a los criterios conceptuales que a criterios prácticos, lo cual genera estructuras teóricas dogmáticas. Todo este tipo de acercamientos va reproduciendo una desarticulación entre teoría y praxis.

El profesional-intelectual puede así actuar dentro de un contexto predominantemente teórico o ideológico, descuidando el acercamiento sencillo y directo al mundo popular que tiene que sustentar su práctica de clase y profesional. La sofisticación del lenguaje no traducible a términos sencillos es un indicador de que la concepción del mundo, manejada por este intelectual-profesional, no se sustenta en aquella concepción del mundo hecha práctica, que representa el movimiento popular. Estos intelectuales son seres “cristalizados”, en términos de Gramsci, que no generan una práctica racional ni una teoría realista, es decir que no se articulan ya con la clase a quien dicen representar.

Estos dos desvíos pueden dar lugar a un tercero y es el de sobreestimar su papel en los enfrentamientos de clase. La hegemonía dentro del aparato ideológico-político-cultural distorsiona, en muchos casos, la capacidad de medir el real alcance de los planteamientos, análisis y sugerencias que dan los intelectuales a la vanguardia y masas populares. Una constante contrastación entre estos planteamientos y el real avance de las luchas populares, a través de la capacidad de movilización y legitimidad político-cultural, es necesaria en todo momento.

Estos desvíos en la práctica profesional comprometida debe el profesional tratar de hacerlos conscientes, para evaluar los límites de su práctica profesional y de clase, para que ésta no sea solo declarativa sino que sustente objetiva e históricamente al movimiento popular.

El significado de la práctica como criterio de evaluación profesional debe utilizarse de manera más permanente para no dejarse envolver por criterios demasiado especulativos o teóricos.

Una constante evaluación y autocrítica de las prácticas profesionales, dentro de las ciencias sociales, pueden ir redefiniendo ésta en términos del desarrollo objetivo de los sectores populares. Esto no quiere decir que se regrese a un simplismo pragmático sino que la finura del análisis, lo profundo del raciocinio y la técnica del especialista, ayuden realmente a reflejar el estado de conciencia y de desarrollo que presenta el movimiento popular. Que realmente los profesionales comprometidos sean orgánicos a las clases que representan y vinculen de manera eficaz la teoría con la práctica.

La capacidad de recrear lo complejo de lo analizado para traducirlo a lo sencillo del sentido común, que sea accesible y claro a todos, la capacidad de rescatar lo particular de las experiencias cotidianas para traducirlo a lo general de una concepción orgánica y culturalmente sólida, la capacidad de ser culturalmente creador en la práctica profesional, para expresar realmente un pensamiento radical, es una tarea que nos compete a todos los que de alguna manera trabajamos en las ciencias sociales.